

Todas las tardes, entre mayo y agosto de 1935, solía caer sobre Valencia una lluvia menuda, que se desvanecía al posarse sobre la ropa de los caminantes. Don Luis Osoorio, el principal barbero de la ciudad, afirmaba que aquel vapor fastidioso era un poen de orquídeas amazónicas arrojado por los aviones colombianos para adormecer el entendimiento de la gente y prepararlos para la invasión de Venezuela. En un momento, el sastré, que tenía fama de hombre sensato, coincidía con el barbero en que la lluvia era de atomamiento, pero la atribuía a las artes malignas de Santos Matute Gómez, presidente del Estado.

—Es un agua de olvido —decía el sastré—. Don Santos no quiere que este viernes, cuando se lleve el premio mayor de la lotería, nos acordemos de que también lo ha ganado el viernes anterior. Pero no. Sólo Vicente Gerbasi sabía que la lluvia caía para anunciar el fin de su adolescencia. Ya el cuerpo se le negaba a seguir cambiando: el 2 de junio, al cumplir 22 años, Vicente descubrió ante el espejo, en el cuarto de pensión, que su mirada seguía perdida —como de costumbre—, el mentón breve, el pelo revuelto y volador. Una lenta tristeza se le apoyó sobre la nuca y descendió hasta la garganta. Luego, la tristeza se apartó de su cuerpo y empezó a caminar por las calles de la ciudad solitaria, esquivando la vigilancia de los chicharos y la embestida suntuosa de los automóviles oficiales. Vicente enrolló el colchón, lo cargó al hombro, y sin despedirse de nadie atravesó la plaza Bolívar. Erán las seis de la tarde cuando entró en el taller del pintor Leopoldo Lamadriz. Tumbó el colchón en el piso y aguardó a que Leopoldo retocara el azul de una naturaleza muerta.

—No volveré a la pensión de mi madre —anunció, con los dedos entretendidos en las costuras del colchón—. Ella dice que la poesía no sirve para ir al mercado.

Se quedaron conversando hasta la medianoche, interrumpidos por la entrada y salida de otros pintores que iban a desahogarse contra Gómez en el silencioso taller de Lamadriz. Bajo la ventana, sobre un arcon vello, se despercebían los únicos libros que el gobierno permitía importar por aquellos años: novelas de Víctor Hugo, Alejandro Dumas, el Diario de Amiel, los Impetus retóricos de Vargas Vila, los tratados de magia blanca y magia roja. Sentado sobre el colchón, escuchándose adormecer por la incesante crepitación de las ranas, Vicente sintió aquella noche, por primera vez, que el rastro de sus poemas no se perdería entre las gigantescas pesadillas de Venezuela.

VIVIRE CON LA SOMBRA DE MIS DUELOS

De la infancia en Canoabo, Vicente recordaba los amaneceres olorosos a café y a cacao, los mugidos alvados de las vacas cuando las ordeñaban, el paso de las nubes sobre la cresta de la montaña y el aire fresco que se posaba al anochecer sobre los grandes patios. Su padre, el inmigrante que había sido un negociante próspero, acabó arruinado por la caída de los precios mundiales del café, y no pudo sobrevivir a la desdicha de entregar la finca y el comercio a sus implacables acreedores. Como muchas damas vendidas a menos en la Venezuela de los años 30, la madre debió poner una pensión modesta en Valencia, cerca de la plaza Bolívar. A Vicente no le quedó otro privilegio que un cuarto alquilado en la pensión, como una veintena de días de la semana. Empezó a trabajar en un banco y a padecer la monotonía de la vida pueblerina, turbada sólo por las "intermediarias" del Cine Mundial o por la llegada de "La Esfera" a media mañana. Las aventuras del taller de Lamadriz habían pasado al olvido. El colchón había vuelto a su sitio. Los sábados por la noche, en la soledad del cuarto, Vicente soñaba con el rumor de la música en el Club Algeria, intuía el lejano sabor de la cerveza y de la tisana.

Diciembre lo encontró con gripe. "Los años bisieitos siempre se van con peste", solía decirle la madre, para acostumbrarlo a la fatalidad. Más de dos semanas estuvo enfermo, a las aspirinas ni los sellos antigripales pudieran ahuyentarle la fiebre. Por las tardes solía visitarlo el poeta José Ramón Heredia, llevándole alguna novela recién aparecida de la biblioteca Sopena o ejemplares deshojados de la revista Leoplán. Hablaban de poesía, de Caracas y de las muchachas enamoradas. El reino de la política era para ellos tan inabarcable como el de los grandes viajes y como las fiestas balbónicas de los astrónomos teogérficos. Desconocían el sentido de la palabra "democracia", ignoraban la existencia histórica de Carlos Marx. En el minúsculo universo de su imaginación, Juan Vicente Gómez era (aunque lo detestaran) el centro del sistema planetario. Hay que tener en cuenta esa desfiguración de la historia para imaginar el desconcierto de Vicente Gerbasi cuando, al mediodía del 15 de diciembre, José Ramón Heredia entró en su cuarto como una ráfaga atonindrada, cerró las persianas, echó llave a la puerta, y anunció con una voz tan débil que apenas se levantaba del suelo:

—Vicente, parece que el Bagre se ha muerto.

Gerbasi sintió que la fiebre se le espigaba dentro del cuerpo, como una lámpara. Se vistió de prisa y salió a la calle, a reconocer los olores nuevos de la vida. El temor a que Gómez no estuviera muerto duró 48 horas. Sólo cuando llegaron las noticias de que lo habían sepultado en Maracay, con un boato faraónico, la multitud se atrevió a salir de madre en las calles apachas que daban a la plaza Bolívar. Durante una semana entera Valencia conoció saqueos, muertes y venganzas. Los restos de la policía del régimen, embarcada en camiones, sofocaba a los destemplados en las esquinas y atormentaba a los rebeldes para convencerlos de que, a su manera, el Bagre seguía siendo inmortal. Luego los tumos se aplacaron. Vicente, que aún convalecía de la gripe, fue invitado por Luis Alberto García Montaña para dirigir un periódico valenciano, "El Índice", donde empezó a ensancharse el horizonte. A los tres meses ya no se toleraba a sí mismo, y resolvió marcharse a Caracas para siempre.

Y COMO UN VIEJO MAGO

La capital era inusual y pequeña, pero Vicente Gerbasi creía que no había otra ciudad más estrecha en los confines de la tierra. Petró era un pueblo lejantisimo. Valle Abajo, Los Chaguarramos, Las Acacias, la Hacienda Ibarra, Bello Monte, rodeaban el casco viejo con su aroma a campo y con la soledad de sus quebradas. El número de habitantes no llegaba a los 200 mil. El teatro sobrevivía a duras penas, representando dramas con un ratón y dos funciones. Las emisoras de radio abrían sus programas a media mañana y callaban a las diez de la noche. El rencor que Gómez había sentido por Caracas la había vuelto desconfiada, desdeshosa con los provincianos, hostil con los jóvenes, sorda con los poetas. Vicente, que había intentado conquistarla muchas otras veces, imaginó que también esta vez saldría derrotado.

Para quedarse, aceptó trabajar como alfabetizador en la vieja carpintería de La Guaira. Sala de Catia temprano, en los camiones del Ministerio de Obras Públicas, y ascendía hacia el sector más alto del camino. Allí esperaba a que los obreros hicieran un alto para almorzar, y mientras los esperaba negociaba con el abecerrado con ayuda de un pizarrón. En seis meses, todos aprendieron a leer. Vicente y su compañero de travesía —el poeta Oscar Rojas Jiménez—, descubrieron a su vez el sabor maravilloso de los pabellones cocinados en los ranchos de la montaña y la inequívocante fortaleza de los aguardientes preparados en las destilerías domésticas. Pero aquel ejercicio cotidiano era insuficiente para saciar la voracidad de la imaginación. Cierto mediodía de domingo, mientras contemplaban los mástiles aglomerados en el puerto de La Guaira, Oscar le propuso a Gerbasi que emprendieran un viaje.

—A cualquier parte, con tal que sea lejos de este mundo —creo Vicente que le dijo cuando se dirigieron a Barabaras.

El pretexto fue una exposición del libro venezolano que debían montar en México a mediados de enero, en 1937. La idea era tan delirante que no podía sino resultar bien, porque en la Venezuela de aquellos años no se conocían las editoriales y cada autor debía peregrinar de imprenta en imprenta, en busca de un empresario que aceptara convertirse en su acreedor. En el propio Gerbasi había un ejemplo: termino ya su Vigilia del naufrago, estaba perdiendo en carne propia las estaciones de ese viacrucis.

Pronto encontraron manos amigas que los auxiliaron en la travesía. El Ateneo de Caracas aceptó proporcionar un festival cinematográfico a beneficio de la muestra, donde se exhibiría el escandaloso Extras de Gustav Machaty. Y Ramón Heredia, presidente de Viernes, acordó con él para pedirle la donación de algunos libros, lo despició con dos mil bolivares de regalo. Poco antes de la Navidad, Gerbasi y Rojas Jiménez zarparon de La Guaira.

Fue una aventura tan estrepitosa que aún han de quedar en México varias comadres que siguen hablando de ella. Los dos venezolanos desembarcaron con sus cajas de libros en el puerto de Acapulco, y se embarcaron en pie en la capital se hicieron intimos amigos de los hombres que dirigían la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios, donde la costumbre era abominar del fascismo y amar el rojo. Vicente absorbió como una esponja el lenguaje de la política, leyó a Marx y aprendió las órdenes y los porras de la vida de Lenin. Compartía los miseros almuerzos con Nicolás Guillén y las cervezas de la tarde con Waldo Frank. Fue el propio Frank quien intercedió para que la exposición del libro venezolano se hiciera en el Palacio de Bellas Artes, y allí pronunció el discurso de apertura.

# Vicente Gerbasi, testigo privilegiado de la vida cultural Memorias de un venezolano del renacimiento

*Durante una mañana entera y parte de la tarde, el poeta Vicente Gerbasi puso la memoria en estado de alerta y reconstruyó con minuciosidad la vida cultural de Venezuela durante el período 1936/45: años en que todo parecía despertar del letargo y del aislamiento con la irritación y la tensión imaginativa que suelen tener siempre los despertares.*

*Aunque Gerbasi es el protagonista del relato que sigue, la entrevista mantenida con él no ha sido la única fuente a que apeló el cronista: recortes de periódicos, revistas, viejas fotografías de archivo y el testimonio de otros caraqueños sirvieron para componer un friso que tiene el sabor y la forzosa inexactitud de los medallones antiguos. Aquí también se procura ser fiel al modelo, pero ya se sabe que el poder de la memoria es mucho más frágil que el de la vida.*



Los padres fundadores del grupo Viernes. De pie, izquierda a derecha: Oscar Rojas Jiménez, Pablo Rojas Guardia, Rafael Olivares Figueroa, Otto de Sola, Santos Pascual Henegaz Filardo, Luis Fernando Alvarez, José Ramón Heredia, Vicente Gerbasi y Fernando Cabré Ramón.



La felicidad duró hasta que Vicente comió el último real que había llevado y tuvo que ponerse a trabajar. Fue diecinueve en el Sindicato de Tranvías, con un salario tan inaudito que para sobrevivir tenía que respirar saltado. Se dijo a sí mismo que esos pedecimientos eran absurdos, y decidió regresar. ¿Pero cómo? De las cenizas de la travesía no le quedaba sino un billete de tren para Acapulco, diez bolivares y la ropa que tenía puesta. Así partió, a la ventura. Acapulco era entonces un rancho indigente en la montaña, con bares de mala muerte y un botiquín para consumir el aliento que le quedaba en una botella de tequila. Se sentó junto a una mesa desolada, en un rincón, y empezó a beber. Sin saber por qué, asomaron a su memoria algunas páginas de Kyra Kyralina, la novela de Panait Istrati, dínde se asegura que cuando un solitario brinda un trago a otro solitario, ambos acabarán por convertirse en los mejores amigos. Fue en ese punto del recuerdo cuando Vicente dividió, en el otro extremo del bar, a un bebedor abandonado. Pidió una copa vacía, la llenó, y alzándola en dirección al hombre dijo: "¡Salud, amigo! le brindó a esta tequila". El hombre aceptó con una sonrisa y le pidió que se acercara a su mesa.

—¿Qué está haciendo en estas soledades? —preguntó, con un acento tan catalán que todas las consonantes que pronunciaba parecían la letra ele.

—Voy para Venezuela —respondió Vicente—. Pero no sé cuándo, ni de qué manera.

—Qué casualidad —dijo el hombre—. Yo también voy para ahí. Zarpo mañana. Mi barco está afuera, anclado Soy el capitán.

Durante las dos semanas de travesía, Vicente pagó el billete con inagotables conversaciones sobre la guerra y sobre la poesía. Cruzaron el canal de Panamá recitando fragmentos de la leyenda de los siglos, pasaron por Barranquilla leyendo en voz alta a Miguel de Unamuno, ovidaron a Maracabo por aprender de memoria el Romancero gitano de Federico García Lorca.

Apenas llegó a Caracas, Vicente tomó conciencia de que la fiesta había terminado, y de que aquel viaje amargo era la corona funeraria que se despedía de la adolescencia. Durmió en una pensión, y a la mañana siguiente se acercó a las oficinas del poeta Luis Barrios Cruz, director de Ahora.

—Necesito trabajo —le dijo—. Todo lo que me queda en el mundo son cinco bolivares.

Barrios Cruz le señaló una máquina de escribir y le pidió que contara su historia. Gerbasi, que siempre fue pulcero, cambió la autobiografía por un reportaje imaginario a Nicolás Guillén.

—Estás contratado —le dijeron—. Desde mañana serás redactor de "Ahora", por 350 bolivares mensuales.

Cuando Vicente salió del periódico hacía tanto calor que del suelo parecían alzarse aguas incandescentes. Por eso no sintió fuego ni hielo: sólo vio que en Caracas nevaba, llovía salía el arco iris, todo al mismo tiempo, y comprendió que de esas leuras meteorológicas debía estar hecho el cuerpo de la dicha. Al pañ por la esquina de La Bolsa, echó una ojeada al almanaque del barbero el 23 de abril de 1937.

TOMAS ELOY MARTINEZ

CONTINUA EN LA PAGINA SIGUIENTE



# Memorias de un venezolano

Gerbasí, advierte, aun ahora, que la política y la poesía no eran excluyentes, y que él jamás se negó a militar junto a Betancourt en las infinitas escaramuzas clandestinas de la época, a la vez que, en las penas de Viernes, soslayaba toda conversación sobre la realidad. El grupo acabó mudándose de bar: unos 60 pasos hacia el oeste, de Boisa a Pedrera, donde un patrón español llamado Ercandí, que amaba la literatura y creía que el talento era un humo propio para la atmósfera de los botiquines, cobijó al grupo y lo estimuló con la espuma de su cerveza, cambió el nombre del bar (lo llamó "La Peña") y se cambió tanto a sí mismo que nunca más volvió a saberse de él.

Caracas entera salía de su largo invernadero. Entre las matas de mango y de mamon solían fluir por las tardes las discusiones soñolosas de "La familia Buche y Pluma", y de la mano de Vicente Emilio Sojo descubría la ciudad el magnetismo de Claude Debussy y las complejidades de Igor Stravinsky. Nadie salía a la calle sin llevar consigo un ejemplar de las "Memorias de un venezolano de la decadencia", cuya lectura cortaba el aliento de los venezolanos, pero la novela "Campeones", de Guillermo Meneses, era leída a hurtadillas, lejos de los confesionarios, con el estupor de quien advierte por primera vez que el vicio puede llegar a convertirse en levadura del arte.

Como el país, Vicente Gerbasí empezaba a olvidar la inmovilidad. En setiembre de 1937, Rómulo Betancourt le encomendó la secretaría del Concejo Municipal de Caracas. Al año siguiente, cuando tuvo que ceder el puesto a Jesús González, regresó a las febriles entregas del diario Ahora, donde se ocupaba simultáneamente del editorial internacional, del editorial de las provincias y de una columna de primera página titulada "El plato del día". Durante cuatro años no había conocido sino la vida de las pensiones. Al casarse, Vicente quiso renunciar a todo hábito gregario y alquiló una casa modesta en la avenida principal de San Agustín del Sur, donde Betancourt iría a refugiarse en los momentos difíciles. Sentados a la mesa del comedor, entre la medianoche y el amanecer, ambos solían olvidar las historias de partido para hablar de poesía. Gerbasí acababa de terminar Bosque doliente y estaba escribiendo sus Libras. Rómulo estaba a punto de iniciar un largo exilio en Chile. Entre uno y otro desvelo, el jefe político reclamaba al poeta "una obra más profundamente vinculada al alma nacional, una vuelta a las historias de la tierra y a las alegrías de la casa". Fue en esos meses duros cuando la imaginación de Vicente comenzó a navegar en torno de un libro que se llamaría Mi padre el inmigrante.

A fines de 1939, Mariano Picón Salas citó a Gerbasí en su despacho de director de Cultura.

— ¿Qué ocurre contigo, Vicente? — le dijo —. ¿No te das cuenta de que el periodismo te está haciendo daño?

— Tengo que vivir. No me queda alternativa — respondió el poeta.

— Ven y trabaja conmigo. Tengo un sitio para ti en la Revista Nacional de Cultura.

Cuando Gerbasí aceptó con un apretón de manos, no sabía que estaba empezando la más larga aventura de su vida, porque si bien su primera etapa en la revista duró seis años, hasta la caída del presidente Medina Angarita, la segunda se prolongaría más allá de la madurez, atravesando el cielo de todos sus libros y de todos sus nietos.

## MIS ARPAS INCENDIADAS A LOS CIELOS

Durante los cuatro años y medio que Eleazar López Contreras estuvo en el poder, Gerbasí no alcanzó a verlo sino una vez, y de lejos. Fue durante el Carnaval de 1940, en un baile de disfraces que el Ateneo de Caracas organizó en el Hipódromo de El Paraíso. La capital vivía desde enero en un estado de exaltación desconocida. Los salones elegantes se disputaban a las orquestas de Billo Frómota y de Luis Alfonso Larreal, en la plaza de Petare, en la de Calta, y hasta en la recatada plaza de La Candelaria, la gente del pueblo aguardaba el amanecer entre un remolino de joropos y merengues. El viejo actor español Manolo Puértolas no daba abasto con los disfraces acumulados en la estantería de su tienda, y tuvo que pedir trajes de refuerzo a Barcelona y a Madrid. Vicente, quien logró introducirse en el descalabrado sótano, rescató para sí un disfraz de mosquetero, con capa de lentejuelas, espada y bigote de manubrio. Al entrar en la fiesta del Ateneo, tropezó a boca de jarro con el actual Presidente de la República, que llegaba con un pequeño séquito. Intentó un saludo tan deseado que el general López Contreras prefirió pasar de largo, sin responderle. Luego, durante la fiesta, Vicente se sintió tan ridículo y tan expuesto a la burla, que nunca más volvió a disfrazarse, ni siquiera para sí mismo.

Con el general Isaías Medina Angarita tuvo más suerte. Solía verlo todas las tardes en el bar La Península, cerca del Teatro Municipal, cuando el ministro de la Defensa acudía allí a distraerse con sus amigos de los azares del gabinete, y el periodista descansaba en una mesa vecina de las fatigas de la redacción. Solían saludarse y cambiar algunas bromas ocasionales, con tanta deferencia mutua que el 3 de mayo de 1941, cuando faltaban dos días para que el general Medina asumiera la presidencia, invitó a Gerbasí y a los compañeros del grupo Viernes a que lo visitaran en su casa de El Paraíso. La conversación resultó tan acartonada y formal que parecían estar hablando con letras góticas. Quizás por eso — piensa ahora Vicente — el general Medina no cumplió nunca la promesa de reunirse una vez al mes con los escritores y los artistas.

La ciudad vivía ahora envuelta en el fino polvillo de la argamasa. Gerbasí, que se había mudado a pocas cuadras de El Silencio, día desde el amanecer el incesante repiqueteo de las demoledoras y de las topadoras, y veía pasar frente a su casa las devencilladas escortas de los garitos y prostíbulos.

La pasión por la pintura crecía mientras tanto a un ritmo tan voraz que Venezuela no parecía reconocerse sino en el color y en las formas que estallaban por todas partes. Marcos Castillo y Pedro Ángel González caminaban entre alabanzas. El país se volvía rojo, amarillo, verde, violeta, como si hubiera bebido de un golpe todos los fulgores del espectro solar. Pero Armando Reverón, un delirante que no confiaba en las convenciones, imaginó que el rostro de Venezuela podía ser también como el de la ceniza: ocre, gris y blanco.

Para Vicente, los años del presidente Medina discurrieron sin sobresaltos. Escribía sus líras y trabajaba ocho horas diarias en la Revista Nacional de Cultura con una devoción tan acompañada que se confundía con la tristeza. Una tarde de octubre, en 1945, cuando se acercaba a la esquina de Las Monjas sin poder quitarse de encima los sopores del almuerzo y las opresiones del aburrimiento, vio a un amigo atravesar la plaza Bolívar con el aliento enrovesado, y trató de detenerlo.

— Corre tú también, Vicente — le advirtió el amigo —. ¿No ves que hay sangre?

Observó la calma de la plaza, el alboroto de las palomas sobre la estatua del Libertador, e imaginó que en esta tierra de locos, su amigo no era la excepción a la regla. Así entró en el Ministerio de Educación, con la parsimonia de todos los mediodías. Acomodó los papeles, buscó unos originales que debía revisar, y se aprestaba a escribir cuando un estruendo lejano lo arrancó de la silla. Supo entonces, de manera inequívoca, que la costumbre de combatir regresaba a las calles de Caracas. Eran las dos y media de la tarde. Con Raúl Oyarzábal, uno de sus compañeros, permaneció en la azotea del Ministerio hasta más allá de las seis, contemplando los estropicios de la pelea y los repentinos plujas de la pólvora. Cuando cayó la noche, los dos hombres descendieron hacia El Silencio, esquivando las barricadas de vino que habían sido reventadas en el bar de La Península, para que no quedase allí ningún aliento ni melancolía del general Medina Angarita.

Vicente pasó la noche en vela y así se mantuvo durante 48 horas, hasta que la cadena de radios anunció que Rómulo Betancourt era el nuevo presidente de la República. Tomó entonces una hoja de papel, y sobre la misma mesa de comedor donde tantas veces se había acodado junto al jefe de su partido, le escribió una carta en la que le confiaba el deseo de partir: "Hazme el favor — decía —: permíteme ingresar en la carrera diplomática".

Pasaron dos semanas sin respuesta. Cierzo anochece de noviembre, Vicente entró en el bar Doña Francisquita, a pocos metros de su casa, y descubrió en un rincón al presidente enfrascado en un coloquio con tres militares de uniforme. Iba a retirarse cuando Betancourt lo divisó desde lejos:

— No creas que he olvidado tu carta — le dijo —. Sucede que preferiría contestarla por medio de la Gaceta Oficial.

La respuesta que Vicente Gerbasí leyó tres días más tarde era tan escueta, tan protocolar, que parecía referirse a otro hombre: el texto lo declaraba agregado cultural de la Embajada en Colombia.

Era verano, pero sobre Caracas caía una lluvia menuda, vaporosa, que se desvanecía al posarse en la ropa de los caminantes. El poeta atravesó la esquina de Pajaritos y marchó hacia La Boisa. Sentía el corazón liviano, como en la adolescencia, y trató de atrapar en el aire el vaho de aquella agua impalpable. La probó con la lengua y supo que tenía el mismo sabor de la memoria: el dulce, oscuro y lejano sabor de los días que se pierden para siempre.